

TODOS ESTÁN LLAMADOS A TRABAJAR EN LA VIÑA DEL SEÑOR¹

Domingo 19 de marzo de 1876

Un día el divino Salvador, paseando por los campos próximos a la ciudad de Samaria, volvió la mirada alrededor, y al ver las llanuras y los valles, viendo que la mies era en todos los lugares muy abundante, invitó a los apóstoles a que recrearan ellos también su vista ante el risueño panorama del campo, pero enseguida advirtieron que, a pesar de la abundancia de la mies, no había nadie para segar las mieses. Entonces Él, aludiendo ciertamente a algo muy superior, se volvió a los apóstoles y les dijo: La mies es más bien mucha, pero vean que son pocos los obreros. (Mt 9,37). Este es el grito desgarrador que en todo tiempo hicieron oír a la Iglesia y los pueblos: la mies es mucha pero los obreros son pocos.

El divino Salvador, lo comprenden fácilmente, al hablar del campo o de la viña que le rodeaban, entendía hablar de la Iglesia y de todos los hombres del mundo; la mies por recoger consiste en la salvación de las almas, porque todas las almas deben ser recogidas y llevadas al granero del Señor. ¡Qué abundante es esta mies! ¡Cuántos millones de hombres hay en la tierra! ¡Cuánto trabajo todavía sin hacer para lograr que todos se salven! Pero *“los obreros son pocos”*; por obreros que trabajan en la viña del Señor se entiende todos los que de algún modo colaboran en la salvación de las almas. Y dense cuenta que por obreros, no solamente se entienden aquí, como alguno puede pensar, los sacerdotes, predicadores y confesores, que ciertamente están colocados a propósito para trabajar y se dedican más directamente a cosechar la mies, pero no son los únicos ni bastarían.

Obreros son todos los que de alguna manera contribuyen a la salvación de las almas; así como son los obreros del campo no solo los que recogen el grano, sino también todos los demás. Contemplad la variedad de obreros de un campo. Uno ara, otro rotura la tierra, ese la arregla con la azada, este con el rastrillo o con el mazo rompe los terrones y los allana, unos arrojan la semilla, otros la cubren; quién arranca los hierbajos, la cizaña, el comino, la alverja; quién escarda, quién poda, quién arranca; unos riegan en tiempo oportuno y recalzan; otros por el contrario siegan y hacen gavillas, manadas, y montones², quien las carga en el carro y quién extiende, quién trilla, quién bielda, quién criba, quién ensaca y lleva al molino y quién lo convierte en harina; después quién la cierne³, quien la amasa, quien la mete al horno: ya ven hijos míos qué variedad de obreros se requieren hasta que la mies alcanza su meta y se convierte en el pan elegido del paraíso.

Lo mismo que en el campo sucede en la Iglesia, donde se necesita toda suerte de obreros de toda clase. No hay uno que pueda decir: «Aunque yo sea de conducta intachable, no serviré para

¹ Don Barberis introduce el texto con esta nota: «Conferencia dada por el Señor Don Bosco la tarde de la fiesta de San José, 19 de marzo de 19876, después de las oraciones en la iglesia pequeña a todos los profesos, novicios, aspirantes y a aquellos que desean ser aspirantes en el Oratorio de San Francisco de Sales. Se había invitado públicamente a todos aquellos que desearan pertenecer a la Congregación. Asistieron 203 adultos y tuvo un gran efecto» (A0000408 *Conferenze e prediche di Don Bosco...*, p.63).

² Borla, en dialecto piemontés significa montón de mieses (crr. Casimiro ZALLI, *Disionari piemontéis, italian, latin e franséis*. Carmagnola, Barbié 1815, vol. I, p.151).

³ En piemontés: Burattare.

trabajar por la mayor gloria de Dios». No, que nadie hable así; todos pueden hacer algo de alguna manera. Los obreros son pocos. ¡Ah, si se pudieran enviar muchos sacerdotes a todas las regiones de la tierra, a todas las ciudades, pueblos, aldeas y campos y convertir a todo el mundo! Pero es imposible tener tantos sacerdotes; por consiguiente, es preciso que haya otros también. Además, ¿Cómo podrían estar libres los sacerdotes para su ministerio, si no tuvieran quién les preparara el pan y la comida, si tuvieran que hacerse ellos mismo los zapatos y la ropa? El sacerdote necesita ser ayudado, y creo no equivocarme si aseguro que todos los que están aquí, sacerdotes y estudiantes, aprendices y coadjutores, todos, absolutamente todos, pueden ser verdaderos obreros evangélicos y trabajar en la viña del Señor. ¿Cómo? De mil maneras.

Todos, por ejemplo, pueden rezar. En efecto, no hay quien no pueda hacerlo. Ya ven, pues, que todos pueden hacer la parte principal de la que habla el divino Salvador en este lugar, porque, después de haber dicho que son pocos los obreros, añade: rueguen al dueño de la mies que mande obreros a su mies (Mt 9,38). La oración hace violencia sobre el corazón de Dios; Dios queda en cierto modo obligado a enviarlos. Roguémosle por nuestros pueblos; roguémosle por los países lejanos, roguémosle por las necesidades de nuestras familias y de nuestras ciudades y roguémosle por los que todavía están envueltos en las tinieblas de la idolatría, de la superstición, de la herejía. Roguemos todos de todo corazón, roguemos mucho al dueño de la mies.

Otra cosa que todos pueden hacer, y es de gran utilidad a más de un verdadero trabajo en la viña del Señor, es dar buen ejemplo. ¡Cuánto bien puede hacerse de este modo! Buen ejemplo con las palabras, animando a los otros al bien, dando buenos avisos y buenos consejos. Aquí hay uno que duda de su vocación; allá hay otro que está a punto de tomar una determinación que le ocasionará después mucho daño para siempre; pues bien, si estos tales son aconsejados y alentados para el bien, ¡cuánto podrán aprovecharse de ellos! Muchas veces basta una sola palabra para lograr que uno se mantenga o se ponga en el buen camino.

Decía San Pablo a los fieles que procurasen ser *luz que brilla y arde* (Jn 5,23). ¡Ah, si en todos nosotros se viera realmente esta luz! ¡Si todos quedasen edificados con nuestras obras y palabras! Pero no basta; ¡que también hayan obras! Si hubiera esa caridad encendida que hace que no demos importancia a nada, con tal de que podamos beneficiar a nuestros hermanos, y poseyéramos realmente esa castidad perfecta que nos hace vencer todos los vicios, si tuviéramos verdaderamente esa mansedumbre que nos atrae el corazón de todos, creo yo que todos el mundo quedaría atrapado en nuestras redes.

Otra cosa que todos pueden hacer es la asiduidad en las cuestiones de religión, en las prácticas de piedad, o tomar parte en todo aquello que puede promover la mayor gloria de Dios o la salvación de las almas. Hablar bien de la Iglesia, de los ministros de la religión, especialmente del Papa, y de las disposiciones eclesiásticas. Estas cosas las pueden hacer todos, desde el más grande hasta el más pequeño de ustedes; y entre nosotros, aquí en casa, hablar bien de los Superiores, de la Congregación, de la casa, de lo que se sirve a la mesa.

Pero no basta. Algo que todos pueden hacer es ayudar a arrancar hierbajos, cardos, cizaña, grama, alverja y toda hierba que no hace más que daño. Quiero decir que cuando hay un escándalo no se tolere: sino que, quien está en condiciones de poderlo quitar, lo quite y acuda a todos los medios para hacer que desaparezca; el que no puede, no se cruce de brazos, sino avise a quien corresponda y, si no basta una vez, hágalo dos, tres y más veces hasta que el escándalo cese.

Todos pueden, cuando oigan a alguien quejarse de la comida, corregirle; habrá quien desee salir sin permiso o quien se queje por no poder salir; todos pueden animarle, alentarle, aconsejarle que tenga paciencia. Una cosa muy importante es arrancar la cizaña, es decir, el escándalo en el hablar. Sucede a veces que hay un desorden en casa y los superiores no lo saben y, por tanto, no puede remediarlo; es absolutamente necesario que ustedes hablen de ello, que les hagan sabedores del mal: ustedes o encontrar contacto con ellos, mientras que los superiores están lejos.

Otra manera de extirpar la cizaña es la corrección fraterna. Sucede tanto cuando estamos aquí, como cuando estamos en casa de nuestros padres en el pueblo, que nuestros amigos, sin advertirlo, mantienen conversaciones que desdican de un joven cristiano, escriben cartas con frases poco cristianas o expresiones que pueden despertar nuestra ira o malos pensamientos. ¿Qué hacer? Respóndase a este tal con buenos modos: «Mira, tú dices esto y esto: pero fíjate que esas palabras no están bien en labios de un cristiano. Ya sé que eres mi amigo y que escribiste eso sin advertirlo, pero precisamente porque eres mi amigo, creo que no te molestarás si te corrijo en esto o en aquello».

O también: «Perdóname, pero no puedo aceptar lo que me propones, porque no está de acuerdo con la vida que debe llevar un joven cristiano». Muchas veces una corrección amistosa hecha de este modo produce en el corazón de los compañeros y hermanos más efecto que muchos sermones y sucede que se ponen a servir a Dios o, por lo menos, a amar más la religión, precisamente porque encuentran esta cortesía de maneras en quien saben que practica la religión.

Y desgraciadamente sucede que, a veces, hay que usar esta caridad de instruir, corregir y reprender a los mismos padres. Sed fuertes también en esto, hacedlo con valor, pero en las maneras usando toda la caridad, la amabilidad, la mansedumbre que hubiera usado san Francisco de Sales, si se hubiera encontrado en nuestro caso. Todas estas y otras semejantes son las maneras que todos, sacerdotes, clérigos y seglares, de cualquier edad o condición, pueden usar trabajando en la viña del Señor. Ved, pues, cómo todos pueden trabajar en la mies evangélica de muchas y diversas maneras, con tal de que cada uno sea celoso de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

Alguien ahora preguntará: «Pero, don Bosco, ¿a qué quiere usted referirse con esto? ¿Qué quiere usted decirnos? ¿Por qué motivo nos manifiesta usted estas cosas esta tarde?» Amigos míos, aquel grito: «*Los obreros son pocos*» no era que se oyera sólo en tiempos antiguos, en siglos pasados, sino para nosotros en estos nuestros tiempos, más necesitados que nunca. A la Congregación Salesiana se le ofrece una mies que crece de un día para otro desmesuradamente, que, casi se diría, no sabe ya por donde comenzar o cómo organizar el trabajo. ¡Por esto querría yo verlos a todos, y pronto, convertidos en buenos obreros en la viña del Señor! Llegan peticiones de colegios, de casas, de misiones en número extraordinario, lo mismo de nuestros pueblos de Italia, que de Francia y otras tierras lejanas. De Argelia, de Egipto, de Nigeria en África, de Arabia, de la India, de China y del Japón en Asia, de Australia, de la República Argentina, del Paraguay, de Gibraltar y se puede decir de toda América, nos llegan peticiones para abrir nuevas casas, porque en todas partes hay tal escasez de obreros evangélicos que espanta a quien considera el gran bien que se podría hacer y que hay que abandonar por falta de misioneros.

Tenemos noticias desgarradoras enviadas precisamente por don Cagliero desde Argentina. Allí, las más de las veces, cuando van a confesarse, no se pregunta: ¿Cuánto tiempo hace que no se

han confesado? Sino que se dice: «¿Se han confesado ya alguna vez?» Frecuentemente ocurre encontrarse con hombres y mujeres de treinta o cuarenta años que no se han confesado nunca.

Y no por aversión a las cosas de la Iglesia o a la confesión, sino porque nunca tuvieron posibilidad de hacerlo. ¡Y figúrense cuántos se encuentran en punto de muerte y desearían, por lo menos en aquel momento, tener un sacerdote a quien confesar las propias culpas y recibir la absolución; pero ni siquiera esto les es posible, ¡porque rara vez encuentran un sacerdote que pueda atenderlos!

Pero no es mi intención invitarlos a ir a lugares tan lejanos. Esto pueden hacerlo algunos, no todos, ya sea porque también aquí hay urgente necesidad, ya sea porque por diversas razones no todos los que se sienten llamados a la Congregación salesiana estarían dispuestos a ir a tan lejanas tierras. Pero, frente a tanta necesidad, frente a tanta falta de obreros evangélicos, teniendo en cuenta que todos ustedes, quién de una manera, quién de otra, pueden trabajar en la viña del Señor, ¿podría yo estarme tranquilo y no manifestarles el secreto deseo de mi corazón? ¡Cuánto desearía verlos a todos lanzándose al campo del trabajo como otros tantos apóstoles! A eso tienden todos mis pensamientos, mis cuidados, mis trabajos. Por eso se aceleran los estudios, se da toda suerte de comodidades para poder vestir pronto la sotana, se dan clases particulares.

¿Y cómo podría callar ante tantas y tan apremiantes necesidades? ¿Podría yo volverme atrás, mientras nos llaman de todas partes, cuando parece que sea la misma voz de Dios, la que se manifiesta a través de la boca de tantos? ¿Y después de las señales manifiestas de la divina Providencia, que quiere hacer tan grande cosas por medio de los Salesianos, [podría yo] enmudecer y no tratar de aumentar el número de obreros evangélicos?

Tengo aún otra cosa que decirles, y es la más importante. Cuando yo los animo a todos ustedes a ser constantes o a inscribirse en la Congregación Salesiana, no quiero que pretenda ingresar en ella quien no tiene vocación. Veo el gran bien que podemos hacer, les expongo cuán grande es la mies, que está ante nuestros ojos, cuántos obreros necesita la viña del Señor, para que, cuantos de ustedes oigan una voz interior que diga: tú puedes encontrar más fácilmente la salvación de tu alma y la del prójimo en la Congregación, sepan cómo están las cosas y tengan la oportunidad de ingresar. Mientras es mi intención que todos los otros sigan su propia vocación. Lo que quiero y en lo que tanto insisto es que, dondequiera que uno esté, sea precisamente, como se lee en el Evangelio: «*Lámpara que brilla y arde*».

Yo no me opongo a que un joven quiera ir al seminario y se haga sacerdote secular. Lo que quiero, y en lo que insisto, e insistiré mientras tenga aliento y voz, es que el que se hace clérigo sea un clérigo santo y el que se hace sacerdote sea un sacerdote santo.

Que el que quiera tener parte en la herencia del Señor, abrazando el estado eclesiástico, no se enrede en asuntos mundanos, sino que atienda solamente a salvar almas. Esto pido yo: que todos, y especialmente el eclesiástico, sean luz que ilumine a todos los que lo rodean y no tinieblas que engañen a quien las sigue.

Pero esta luz no se manifiesta solo con palabras, sino que se convierta en obras. Procure cada uno enriquecer su corazón con la caridad que mueve a dar la vida por salvar las almas; caridad por la que no se mira ningún interés material cuando se trata de hacer el bien, y hace exclamar con san Pablo, cuando se trata de ganar almas para Jesucristo, que las cosas de esta tierra son como estiércol (Cfr. Flp 3,8). Es necesario que nadie se deje dominar por la gula, por la intemperancia, que es la que conduce miserablemente a tanta juventud, y digámoslo también,

a tantos eclesiásticos. El que desea trabajar con fruto en la viña del Señor, en cualquier estado en que se halle, ha de saber moderarse y mortificarse especialmente en el vino.

Es un verdadero obrero evangélico, doquiera se encuentre, el que toma parte con gusto en las prácticas religiosas, las promueve, las celebra. Si hay una novena, se alegra, hace algo especial e invita a otros a hacerla.

Para ser verdadero obrero evangélico, no hay que perder tiempo sino trabajar, unos en un lugar, otros en otro, en los estudios, en la asistencia y en la cátedra; entre las cosas materiales, en el púlpito y en el confesionario; en las oficinas y despachos administrativos; pero sin perder de vista que el tiempo es precioso y que el que lo pierde o no se esfuerza por emplearlo bien, nunca será un buen obrero evangélico.

Esto es, queridos hijos míos, lo que os he expuesto para llegar a ser buenos obreros evangélicos. ¡Ah, si se practicara exactamente todo esto entre nosotros! Echemos una mirada: ¿se practica en la Congregación? Si yo pudiese decir que todas estas cosas las encontramos en nuestra Congregación y que se practican en ella exactamente, qué feliz sería, podría en verdad enorgullecerme de ello. Si los salesianos practicaran realmente la religión de la manera que la entendía san Francisco de Sales, con su mismo celo, con su caridad, con aquella mansedumbre que tenía, entonces sí que podría enorgullecerme y habría motivo para esperar de ello un buen crecimiento en el mundo. Es más, me atrevería a afirmar que el mundo vendría detrás de nosotros y nos adueñaríamos de él.

Todavía hay otra cosa que yo creo de extraordinaria importancia, y que es necesario que nos esforcemos para que exista entre nosotros ahora y siempre. Es el amor fraterno. Créanlo, el vínculo que mantiene unidas las sociedades, las congregaciones, es el amor fraterno. Yo creo poderlo llamar el vínculo, la bisagra sobre el cual giran las congregaciones eclesiásticas. ¿Y hasta qué grado debería subir? Nos lo dijo el divino Salvador: *Ámense unos a otros como yo los he amado* (Jn 13,34); Y se repite a menudo en las Sagradas Escrituras que nos amemos mucho. Mas para que este amor sea como se requiere, debe ser tal que el bien de uno sea el bien de todos y el mal de uno sea el mal de todos. Es menester que nos ayudemos mutuamente y que nunca censure uno lo que el otro hace; que no se tenga envidia ni por asomo. «Para fulano aquel cargo; para mí nada». «Zutano es el bienquisto; a mí nadie me hace caso». «Si hay algo bueno y bonito, tiene que ser para mengano; de mí no se acuerda nadie». ¡Ea, no; fuera envidias! El bien de uno debe ser el bien de todos; el mal de uno, a su vez, mal de todos. Si hay uno que es perseguido, debemos imaginar que somos perseguidos todos y tenerle lástima y ayudarlo. Si hay uno enfermo, dolernos como si lo estuviésemos nosotros. Promover todas las obras buenas de común acuerdo, venga la iniciativa de donde viniera, pues es sabido que no todos tienen la misma capacidad, ni los mismos estudios, ni los mismos medios. Así que, tengamos gran amor fraterno. ¿Sabéis qué ocurrirá, si obramos así? Ocurrirá lo que ya sucedió en la Iglesia. Algunos eran apóstoles, pero además de ellos estaban los setenta y dos discípulos, los diáconos y los cooperadores evangélicos; y todos actuaban de acuerdo, todos unidos con gran amor fraterno, y por esto lograron lo que lograron, cambiar la faz del mundo. Así también nosotros, doquiera nos coloquen, como quiera que se nos emplee, con tal de poder salvar almas, y por encima de todo la nuestra, con esto tenemos bastante.

Pero nada de esto se obtiene, si no es a precio de grandes sacrificios y con algún sufrimiento. Sin grandes trabajos no se llega nunca a grandes resultados; por eso debemos estar dispuestos a todo.

Si, ingresen todos en la Congregación Salesiana, pero digan: Quiero entrar en este camino solo para salvar almas; bien entendido que, queriendo salvar las de los otros, quiero ante todo salvar la mía. ¿No es posible alcanzar esto sin grandes sacrificios? Pues bien, yo estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio. Quiero ponerme a seguir a Jesús crucificado; si Él muere en la Cruz, sufriendo horribles dolores, yo, que quiero ser su seguidor, debo demostrar que estoy dispuesto a cualquier sufrimiento, aunque, para ello, tenga que morir en la Cruz con Él.

Por otra parte, miren que en el Evangelio está escrito: bienaventurados los que sufren, y no: bienaventurados los que se lo pasan bien. ¿Toca por tanto sufrir algo? Dichoso de mí, que así podré seguir más de cerca las huellas del divino Redentor. Los seguidores de este mundo gozan un momento, pero después les queda muy poco de sus placeres: es más, nada y aún menos que nada para la eternidad. Los atribulados, en cambio, sufren, si, algo, pero eso durará poco, y cada uno de sus sufrimientos se trocará en perla preciosa allá arriba en el cielo y los consolará para todos los siglos.

Termino con las palabras de san Pablo: ¿Les alegra el pensamiento de la gran recompensa del paraíso? No los amedrente si tienen que sufrir algo en esta tierra.

Sac. Giov. Bosco

